

ABILIO ESTÉVEZ

---

TUYO ES EL REINO

---



FABULA  
TUSQUETS  
LECTORES

Abilio Estévez

---

**Tuyo es el reino**

1.ª edición en colección Andanzas: noviembre de 1997

4.ª edición en colección Andanzas: abril de 1998

1.ª edición en colección Fábula: junio de 2006

© Abilio Estévez, 1997

Diseño de la colección: Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: detalle de *Singing Down the Breadfruit*, de Jenny Tylden-Wright. © Illustration Works / Getty Images

ISBN: 84-8310-487-3

# AGRADECIMIENTOS

A Ramona y Luisa Pazó, Maydel Montesino, Alfredo Alonso, Bernardo Alonso, Gisela Gimeno, Ana Torrents, Beatriz de Moura, Ion de la Riva, Lorenzo Nadal y Cristina Fernández Cubas.

Para Elsa Nadal,  
que ha esperado con fe.  
Para Virgilio Piñera *in memoriam*,  
porque el reino continúa siendo suyo

Maestro, ¿qué debo hacer de bueno para  
alcanzar la vida eterna?  
Mateo, 19, 16

# I

## Una noche en la historia del mundo

Se han contado y se cuentan tantas cosas sobre la Isla que si uno se decide a creerlas termina por enloquecer, así dice la Condesa Descalza, que está loca, y lo dice sonriendo y con cara de burla, cosa nada sorprendente porque ella siempre tiene cara de burla, y lo dice haciendo sonar los pulsos de plata y perfumando el aire con el abanico de sándalo, sin detenerse, segura de que todos la escuchan, paseando por la galería con los pies descalzos y el bastón en que se apoya sin necesidad. Habla de la Isla y con la Isla. Esto no es una Isla, exclama, sino un monstruo lleno de árboles. Y después ríe. Y cómo ríe. Escucha, ¿no oyes?, la Isla tiene voces, y, en efecto, todos creen oír las voces, que la Condesa Descalza les contagia la locura. Y la Isla es una amplia arboleda de pinos, casuarinas, majaguas, yagrumas, palmas, ceibas y las matas de mango y de guanábana que dan los frutos más grandes y más dulces. Y hay también (cosa sorprendente) álamos, sauces, cipreses, olivos, y hasta un espléndido sándalo rojo de Ceilán. Y le crecen multitud de enredaderas y rosales que Irene planta y cuida. Y lo surcan amates de piedra. Y tiene, al centro, una fuente de agua verdosa donde Chavito ha puesto un regordete niño de barro con una oca en los brazos. Formando un rectángulo

lo, se levantan casas, deteniendo a duras penas el avance de los árboles. Los árboles, no obstante, tienen fuertes raíces y levantan las aceras de las galerías, y los pisos de las casas, y por eso los muebles se mueven, caminan como si tuvieran alma. Yo te digo habrá un día en que los árboles entren a las casas, recalca, con tono de profetisa, la Condesa Descalza. Y aunque sienten miedo, Merengue, Irene y Casta Diva ríen, se ríen de ella, esta loca tiene cada cosas.

A la Isla se llega por la gran puerta que da a la calle de la Línea, que está en una zona de Marianao llamada (será fácil deducir por qué) Reparto de los Hornos. La entrada debió de haber sido suntuosa hace años. Tiene dos severas columnas que sostienen el frontón y la solemne verja, bastante herrumbrosa, que permanece cerrada. En lo alto de la verja, junto a unas letras retorcidas donde se lee LA ISLA, hay una campana. Si uno quiere que le abran, debe mover la verja varias veces para que las campanadas avisen, y entonces vendrá Helena con la llave y abrirá el candado. Los tiempos están muy malos, dice Helena a todo el que llega, a modo de justificación. El visitante debe reconocer que, en efecto, los tiempos están muy malos. Y pasa al zaguán. No importa que allá afuera, en la calle, el calor sea insoportable. El zaguán no tiene que ver con la calle: está fresco y húmedo y resulta agradable detenerse en él para secarse el sudor. En una esquina se puede ver el carro de Merengue, tan blanco que da gusto, con los cristales que relucen. Y hay además tiestos con diferentes variedades de malanga, y una torpe reproducción de la Victoria de Samotracia. La Isla todavía no se ve, aunque se la presienta; desde el zaguán no puede distinguirse la Isla porque una enorme antipara de madera interrumpe la visión. Antes de llegar a la galería, las paredes son de un amarillo deslucido, y el techo, supuestamente blanco, es tan amarillo como las paredes. De hierro, sin adornos, son las lámparas y casi ninguna tiene intactos los cristales. En la primera esquina, justo al lado de la puerta del tío Rolo, una escupidera de metal oscu-



ro y una percha de madera que se ha desgastado sin uso. Cuando finaliza la antipara, y se avanza unos pasos por la parte izquierda de la galería, hacia la casa de Rolo, se puede afirmar que por fin uno ha llegado a la Isla.

Y nadie sabe la fecha en que la Isla fue construida, por la simple razón de que no fue construida en una fecha, sino en muchas, a lo largo de años, en dependencia de la mayor o menor fortuna de los negocios de Padrino. Lo único que se sabe con certeza es que la entrada principal se terminó cuando el gobierno de Menocal, en pleno brillo de las «vacas gordas». Lo otro son especulaciones. Algunos piensan que la primera casa fue la de Consuelo, levantada hacia 1880, y puede que tengan razón si se observa que la casa de Consuelo es la más deteriorada. Rolo afirma, usando datos que nadie sabe de dónde extrae, que buena parte de la edificación ya existía cuando el Tratado de París. Dato que no vale tener en cuenta si se conoce que Rolo, con tal de mostrar conocimientos, es capaz de afirmar los mayores desatinos. De cualquier modo resulta evidente que este enorme rectángulo de cantería que cerca una parte de la Isla (la que comprende lo que ellos llaman el Más Acá), no fue levantado de un tirón, sino que se hizo a lo largo de sucesivos gustos y necesidades. Y quizá por eso tenga el aire de improvisación que muchos le achacan, el parecer un edificio que nunca se hubiera terminado. Altas e irregulares paredes renegridas. Exiguas ventanas con hojas de cristal nevado. Estrechas puertas de dos hojas. Lucetas azules y malva. ¿Qué importa la fecha? El profesor Kingston, aclara, socarrón, que la Isla es como Dios, eterna e inmutable.

Y por suerte las casas están en el Más Acá, porque el Más Allá es prácticamente intransitable. Una estrecha puercecita de madera, construida hace muchos años por Padrino, y ahora casi destruida, separa el Más Allá del Más Acá. Aquél es una amplia faja de terreno no delimitada por el rectángulo del edificio, una faja de terreno libre que co-

re hacia el río y donde se levanta una sola casa, la del profesor Kingston, y una barraca donde el padre de Vido tuvo en otro tiempo la carpintería. El único camino que más o menos se puede apreciar en esa parte es el que el viejo profesor ha hecho con su paso diario.

Ocurre que, en su conjunto, la Isla (el Más Allá y el Más Acá) es muchas islas, muchos patios, tantos, que a veces ellos mismos que viven allí desde hace años, se pierden y no saben adonde dirigirse. Y el profesor Kingston afirma que depende de las horas, que para cada hora y para cada luz hay una Isla, una isla diferente; la Isla de la siesta, por ejemplo, no se parece a la de la madrugada. Helena sostiene que sin estatuas sería distinto.

Es cierto, las estatuas. ¿Y quién puede imaginar la Isla sin estatuas? Estatuas con que Chavito ha llenado la Isla. Seres mudos e inmóviles, pero tan vivos como los demás, con tanta conciencia y pobreza como los demás, tan tristes y débiles como los demás. Así dice la loca. Y los otros sonríen, niegan con la cabeza. La pobre. Pobre loca.

En un rinconcito que nadie ve, entre el Discóbolo y la Diana, como quien va a la antigua casa de Consuelo, está la Virgen de la Caridad de El Cobre, en urna construida con cristales y piedras (traídas desde las canteras de Oriente). Las piedras y los cristales se confunden con el follaje. Hay que saber dónde está la Virgen para encontrarla. Es una imagen humilde y pequeña, sin fasto, como el original que se halla en el santuario de El Cobre. Todos saben que esta Virgen es la patrona de Cuba; pocos saben que no hay en el mundo imagen más modesta, menuda (mide apenas veinticinco centímetros), sin retorcidas refulgencias, casi construida con la intención de que cueste reparar en ella. El artista (eminente) que talló la cara mestiza es, por supuesto, anónimo. El traje (sin adornos) fue hecho con tosca tela de un amarillo casi blanco. Carece de corona; para ser sincero, falta no le hace: el pelo endrino es adorno suficiente. El ni-

ño en sus brazos, también mestizo, posee una graciosa expresión en la carita. Y donde el artista anónimo demostró la grandeza fue en los tres jóvenes que, a los pies de la Virgen, en un bote, reman desesperados, atrapados por la tormenta, por allá, por la bahía de Nipe. Todo el mundo sabe que la Caridad se apareció a estos tres jóvenes que estaban a punto de morir. Los eligió para salvarlos. Los eligió para mostrarse. Como son tan pequeños, precisa fijarse con sumo cuidado en ellos para descubrir que el artista anónimo (y eminente) los dotó de vida, es decir, de angustia. Hay dos (aún no han tenido la Visión) que están seguros de que van a morir. El tercero, en cambio, el más elegido de los tres, ya ha descubierto el resplandor y mira hacia lo alto. El artista anónimo lo ha sabido mostrar en el instante en que su cara, aún sin perder la consternación, comienza a cubrirse de beatitud. También es justo consignar aquí que el oleaje de madera que pretende tragarse a los tres hombres es un alarde de virtuosismo. Frente a imagen tan humilde (por lo pequeña, digo), Helena ha puesto un búcaro sin adornos, siempre repleto de flores amarillas. Hay, además, algunos exvotos. No se debería perder de vista la urna, la Virgen, casi perdida entre sus paganos compañeros (el Discóbolo y la Diana). En algún momento, será protagonista de un hecho singular que marcará el inicio de la catástrofe.

¿Sabías que el mar estaba cerca? Sí, está cerca y pocos lo saben. Ignoro por qué tan pocos lo saben, si en esta Isla, donde quiera que uno se pierda, el mar estará cerca. En una isla el mar es lo único seguro, porque en una isla, la tierra es lo efímero, lo imperfecto, lo accidental, mientras que el mar, en cambio, es lo persistente, lo ubicuo, lo magnífico, lo que participa de todos los atributos de la eternidad. Para un isleño la perenne discordia del hombre contra Dios no se da entre la tierra y el cielo, sino entre la tierra y el mar. ¿Quién dijo que los dioses viven en el cielo? Pues no,

sépanlo de una vez, tanto los dioses como los demonios viven en el mar.

Ignoro por qué tan pocos saben que el mar está cerca, si después que se pasa la estrecha puertecita de madera que separa el Más Acá del Más Allá, y se deja atrás el cuarto del profesor Kingston, el estudio de Chavito, la antigua carpintería; después que se pasa la zanja a la que llaman ostentosos el Río (¡qué afán de ennoblecer lo pequeño, lo pobre, lo zafio!), se entra a un marabuzal. Al marabuzal lo llaman el Monte Barreto. (Barreto fue una especie de Gilles de Rais tropical.) En ese marabuzal, hacia la derecha, se abre un Caminito. Quizá, lo sé, eso de «Caminito» sea un eufemismo. Se trata simplemente de un estrecho espacio donde el marabú no resulta tan agresivo, donde con un poco de imaginación se puede andar sin demasiada dificultad. Andando media hora por ahí se llega, primero, a las ruinas de la casa que dicen fue la del tal Barreto (donde lo enterraron, donde cuentan que aún vive, a pesar de que hace más de cien años que murió). Luego, el marabú se va haciendo escaso, la tierra comienza a convertirse en arena y las matas de marabú, poco a poco, son pinos, gomeros, uvas caletas. De pronto, cuando menos se lo espera, se acaba todo, es decir surge una franja de arena. Y aparece el mar.

Decido que hoy sea jueves, finales de octubre. Ha oscurecido desde mucho antes del crepúsculo, porque ha sido el primer día del otoño (que no es otoño) de la Isla. Aunque amaneció un hermoso día de verano, poco a poco, sin que nadie pudiera percatarse, comenzó a levantarse el viento, y el cielo se vio cubierto de nubes oscuras que adelantaron la noche. Chacho, que había llegado del Estado Mayor pasadas las cuatro de la tarde, fue el primero en darse cuenta de la tempestad que se avecinaba y dijo a Casta Diva que recogiera la ropa de la tendedera y salió a la galería. La mujer lo vio después, absolutamente inmóvil, mirando tal vez

las copas de los árboles. Es verdad, pensó Casta Diva, el mundo se va a acabar, y cerró las ventanas porque el viento, además de fuerte, traía arena y suciedad y levantaba remolinos de hojas muertas. Y se oyeron los golpes que hacían las ventanas al cerrarse. Irene, que había salido para la plaza de Marianao poco después del almuerzo, encontró al regresar una capa de tierra sobre el piso y los muebles, y algunas ramas de álamo incrustadas en las rejas de la ventana principal. Al pie de su cama, destrozado, el jarrón de porcelana. Irene se inclinó para recoger los pedazos en que se había deshecho. Una de las puntas de la porcelana le abrió una pequeña herida en un dedo. Eran casi las cinco de la tarde. Aproximadamente a esa hora, hubo tanta oscuridad que resultó necesario encender las luces. Y Helena prendió una lámpara de aceite frente a la estampita de la santa Bárbara que siempre tenía junto a las fotos familiares. No lo hizo de modo maquinal, como otras veces, sino con cierta devoción y murmurando algo por lo bajo. Sebastián la vio iluminada por la pequeña llama y le pareció que en el rostro de la madre desaparecía la solemnidad habitual. Sebastián estaba en la casa desde temprano, la señorita Berta había interrumpido la clase de geografía para decirles que, como la lluvia era inminente, se daba por concluida la sesión de la tarde. Fue más o menos la hora en que Tingo-no-Entiendo fue a buscar a Sebastián, y en que Merengue decidió que no habría más venta ese día, que muy pocos se detendrían a comprar pasteles con aquel tiempo, y dejó su puesto a la entrada de Maternidad Obrera. En verdad, la tormenta fue un pretexto: tenía una gran necesidad de refugiarse en la casa. Mercedes llegó del Ayuntamiento en el momento en que Merengue abría la verja para entrar al zaguán el carro de los pasteles. Cuando Mercedes entró a la casa, vio a su hermana en la penumbra, con la barbilla pegada al pecho. Corrió hacia ella pensando que había sufrido una de las recaídas de su enfermedad. Marta la apartó ligeramente. ¿Por qué estás a oscuras?, preguntó Merce-

des. La hermana sonrió: ¿Qué falta me hace la luz?, ¿está lloviendo? Mercedes dijo que no y se dejó caer en el otro sillón y se dio cuenta de que estaba cansada. No, no está lloviendo, pero no tardará en romper el aguacero. Y Melissa salió a la azotea, con Morales en una mano. Salió sonriendo, feliz por la inevitable llegada de la tormenta. Desde lo alto, desde su posición privilegiada, divisó al tío Rolo que estaba en la galería. Se percató maligna de que el presagio de tormenta no lo hacía feliz como a ella. Y como era de esperar, rió, rió con deseos, que Melissa es así y no hay modo de entenderla. Y Melissa tenía razón: al tío Rolo la tarde lo dejó triste, o como él diría excusándose, le provocó «vagos dolores en los músculos y hondas tristezas en el alma». Sin cerrar la librería (¿fue en verdad un olvido?) tío Rolo había salido a observar la Isla. En el preciso instante en que Melissa lo vio, vio él a Lucio acariciando los muslos del Apolo del Belvedere que está justo detrás de la antiparra del zaguán.

¿Es mentira que la Isla sea como Dios, eterna e inmutable? Tuvo un comienzo, tendrá fin y ha cambiado en estos años. ¿Es mentira también que la entrada principal se terminara en pleno brillo de las «vacas gordas», y que la primera casa fuera la de Consuelo, y la tontería que dice el tío Rolo sobre el Tratado de París? Mentira. Puro cuento. Imposturas que confunden. Leyendas. Y en cuanto a la verdad sobre la Isla, ¿quién puede decir que la conoce?

Y si es cierto que en Cuba no abundan sauces, cipreses, olivos, ¿por qué los hay en la Isla? Hermosos, nada deslucidos junto a yagrumas, majaguas, palmas y ceibas. ¿Cómo crecen hayas, datileras, abetos de Canadá y hasta un espléndido Sándalo Rojo de Ceilán?

Las luces de las galerías están encendidas. Poco se logra con eso. Si hoy no fuera hoy, Merengue habría sacado un sillón a la galería, desde el anochecer, para fumarse un H-Upmann y conversar. Enseguida habría venido Chavito

con la sillita de lona plegable y su sonrisa de vergüenza, y se habría sentado frente al negro, que es indiscutible que al Chavito le gusta la conversación de Merengue. Llegaría Mercedes bañada y de punta en blanco otra vez, con el cuello y el pecho immaculados de tanto talco de Myrurgia, y se recostaría a una columna, suspirando y con una sonrisa, diciendo que viene para olvidarse por unas horas del Ayuntamiento y del maldito Morúa. Llegaría Casta Diva, con el delantal de marpacíficos y aire de diva, exclamando por favor no me tienten, no me tienten que tengo mucho que hacer. Y Chacho la seguiría, fingiéndose molesto, exclamando con falsa ira A esta mujer no hay modo de mantenerla en casa. Vendría también Irene con el abanico de guano y la sonrisa. Si fuera una noche en verdad especial, hasta aparecería la señorita Berta, que ella a veces es capaz de hacer un alto en las plegarias para olvidar que es una desterrada hija de Eva, como dice con la perfecta dicción de doctora en pedagogía. También sería altamente probable que el tío Rolo se dejara ver, que noches hay en que Rolo comienza a acercarse, como si no quisiera, como si fuera víctima del azar, y traería (no sería él si no) su melancolía, su aspecto derrotado, y la mirada entre apremiante y esperanzada, como si los que se reunieran en la Isla fueran criaturas superiores. Y Merengue, que lo conoce bien, se quedaría mirándolo con ojos de tristeza y exclamaría para sí, aunque tratando de que todos lo oyeran, pobre hombre, pobre hombre. Estallarían las carcajadas. Se iniciaría la conversación. (Nada de esto sucede: nos encontramos en una novela.)

Hoy se apagaron demasiado pronto las luces de la tarde. Señor, déjame soñar. Muy temprano, Marta cerró los ojos. Dame, al menos, la posibilidad de tener mis visiones, mis propias visiones. Sus ojos vivían escasamente con la luz del día. Ya que no puedo conocer la Brujas real, la Florencia real, permite que camine por *mi* Brujas, por *mi* Florencia. Y entró a la casa sin encender luces, para qué necesita luces